

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

La voz de las raíces

Poemario

Carlos Fernando Rosero Andrade

Tutora: Gina Alessandra Saraceni Carlini

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

	Reconocimiento de créditos de la obra	
	No comercial	
	Sin obras derivadas	

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de sesión de derechos de publicación

Yo, Carlos Fernando Rosero Andrade, autor de “La voz de las raíces - Poemario”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Investigación en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 30 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/ a de la obra antes mencionada, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso, digital y electrónico.

3 de abril de 2025

Firma:



Resumen

Este poemario surge de un proceso de reescritura, observación, análisis y búsqueda de una voz poética que se propone evidenciar los múltiples sentidos, paradojas y resonancias que pueden provocar una o más palabras dentro de un poema. *La voz de las raíces* nace como respuesta a la influencia de dos poéticas que fueron fundamentales para su gestación: la del poeta italiano Giuseppe Ungaretti y la del colombiano Aurelio Arturo. Ambas propuestas tienen como objetivo la búsqueda de lo esencial, descartando lo superfluo y lo estrictamente decorativo, razón por la cual, varios de los textos que conforman este libro se componen hasta de una sola línea puesto que son el resultado de un largo proceso de relectura y corrección. Finalmente, este poemario intenta evidenciar que el lenguaje poético es un pensamiento sobre el misterio del mundo en las cosas más elementales.

Palabras clave: poesía, influencias, pensamiento, voz poética, Ungaretti, Arturo

A la memoria de María Teresa Álvarez.

Agradecimientos

A mi madre, Luz Marina Andrade Álvarez, por ser el faro de mi vida, y por ser mi cómplice en el arduo camino del arte y la literatura. A las personas de la Universidad Andina Simón Bolívar, por darme la oportunidad de comenzar este proceso de aprendizaje. A mis compañeros de la maestría en Literatura Latinoamericana, con quienes tuve el privilegio de intercambiar saberes y experiencias que fueron fundamentales para avanzar en mi proceso literario. A mis hermanas, Mónica y Ximena, por su paciencia y generosidad. A mi tutora, Gina Saraceni, por guiarme en la búsqueda de una voz poética que persigue el misterio de la existencia, hasta en las cosas más humildes y sencillas.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
La poesía es un árbol cuya sombra nos acoge en la tierra.....	13
1. La voz de Ungaretti	13
2. La voz de un niño	19
3. Otras voces	22
La voz de las raíces.....	28
Aguacate	29
Mientras cae una hoja.....	30
Estos muertos son tuyos	31
Para que cante la niebla	32
Garras de sal	33
La caída de una hoja se paga con la vida.....	34
Árboles de la noche	35
Corazón insomne	36
Alegría.....	37
Carne fresca	38
Un pájaro se hizo invisible	40
Fieras de leche	41
Los árboles tejen alianzas	42
Me invade una alegría más antigua que la luz y el vino.....	43
La mejor cosecha	44
Los pájaros bajan del cielo	45
Los árboles indagan en el vientre de la noche	46
La alegría de algún dios es el color de la hoja muerta.....	47
Las flores que aprendieron a volar	48
Una estrella terrible	49
La muerte devora lo que nos mata.....	50
Una luz remota hechiza	51
Aullido	52
Un silencio impetuosamente azul.....	53
Nacimos olvidando una música.....	54

También los robles mueren por la gracia del cielo	55
El mar entra cantando en la noche.....	56
De niño fui un ladrón de manzanas	57
¿Qué combates silenciosos	58
Los árboles combaten con la tormenta	59
Desde antes de que tú nacieras	60
Las rosas son adictas al estiércol	61
Del fondo de su vientre.....	62
Urcunina	63
Aguas contrarias	64
El árbol eleva sus hojas que se vuelven estrellas.....	65
El mar baila entre los muertos	66
Nariño	67
Herencia.....	68
Ven a nacer conmigo –me dice el mar–	69
La voz de mi padre	70
Bajo el poema	72
Lista de referencias	74

Introducción

La poesía es un árbol cuya sombra nos acoge en la tierra

(Apuntes sobre una poética)

El esfuerzo que hacía Elstir por despojarse en presencia de la realidad de todas las nociones de su inteligencia era doblemente admirable, porque ese hombre que antes de pintar se volvía ignorante, se olvidaba de todo por probidad, porque lo que se sabe no es de uno (Proust 2002, 510).

1. La voz de Ungaretti

La poesía es un árbol cuya sombra nos acoge en la tierra. La sombra que custodia el misterio del mundo. Así como el murciélago se orienta en la oscuridad, el poeta se nutre de aquello que ignora, es decir, de sí mismo y de los seres y objetos que lo rodean. Bajo su mirada el mundo recobra su magia y su fiereza y, a pesar de que todo cuanto alberga el universo ya posee un nombre, él pide al mar o a los árboles, que le enseñen un nuevo ritmo y le revelen el texto de los tiempos nuevos. Palabras que quizás resulten demasiado repetidas o conocidas recobran su misterio y su vigor dentro del poema.

En opinión de la poeta polaca Wislawa Szymborska, en su discurso de aceptación del premio Nobel de literatura: “En el lenguaje de la poesía, donde se calibra cada palabra, nada es normal. Ni una sola piedra, ni una sola nube. Ni un solo día o una sola noche. Y, sobre todo, ni una sola existencia, ninguna existencia en este mundo” (Poniatowska 2008, 12). Fue precisamente una de estas virtudes que Szymborska atribuye al lenguaje poético, la que me sedujo en mi primer acercamiento con la poesía. Ocurrió durante mi adolescencia y recuerdo que uno de los poemas que más me impactaron fue *Mattina*, del poeta italiano Giuseppe Ungaretti (2013, 28) y que cito a continuación:

Mattina

(Santa Maria La Longa, il 26 gennaio 1917)

M'illumino
d'immenso.

Confieso que en ese entonces mi conocimiento de la lengua italiana era bastante precario, pero como sabemos, el italiano y el español, al tratarse de dos lenguas romances que provienen del latín, su fonética es muy similar y comparten muchas palabras, razón por la cual no sentí la necesidad de una traducción para poder apreciar la potencia de este poema. “Illumino” e “immenso” eran palabras que me resultaban cercanas puesto que mi abuela, que era miembro de una iglesia evangélica y era una lectora de la Biblia, solía decir: “Dios ilumina nuestros días”, “él hizo lo inmenso”, “Jehová es inmensidad”, “él es la luz de mi corazón”.

No obstante, las palabras del poema de Ungaretti me resultaron inauditas, mágicas, como si el poeta las hubiera acabado de inventar. Asimismo, experimenté la sensación de estar en el origen del mundo y del propio lenguaje porque, si bien conocía el significado literal de cada una de estas palabras, dichas y organizadas de este modo, pusieron en movimiento mi sensibilidad e imaginación a tal punto que, hasta el día de hoy, me siguen interpelando con la intensidad y el asombro de aquellos años de mi adolescencia.

Cada vez que regreso a este poema me surgen preguntas cuya virtud es no tener una respuesta.

Las raíces del árbol cuya sombra nos cobija permanecen ocultas y el vacío se expande.

La vida es corta, pero el poema de Ungaretti es inagotable. En el decir de la poeta española Clara Janés (1999, párr. 2), “su intensidad y su cincelado perfecto hacen que se imponga y se sitúe fuera de todo tiempo y lugar”. No en vano, en mi primer acercamiento con estos versos, atribuí erróneamente su autoría a algún poeta de la Antigüedad, pero, años más tarde, supe que su autor era un hombre llamado Giuseppe Ungaretti, nacido en Alejandría, Egipto, el 10 de febrero de 1888 y muerto en Milán, el 1 de julio de 1970 (Fernández y Tamaro 2004). De igual manera, comprobé que este poema pertenece a su libro *La alegría*, escrito mientras peleaba como soldado de infantería en el Frente del Carso durante la Primera Guerra Mundial. Este hecho, en particular, avivó mi interés de leer no solo este libro, sino también otras obras del autor y con el tiempo su poesía se fue instalando en mi vida.

Ahora bien, son los poemas breves e intensos de *La alegría* en los que percibo mayor afinidad con mi manera de sentir y de habitar el mundo. Se trata de una poesía que persigue lo esencial y lejos de toda grandilocuencia, pareciera nutrirse de su silencio. Esto

resulta aún más sorprendente si recordamos que Ungaretti escribió este libro en plena ebullición del futurismo, de la exterioridad, de la altisonancia y de las asociaciones arbitrarias. El poeta, en cambio, ahonda en su interioridad y logra traducirla en una síntesis depurada.

Por otra parte, cabe resaltar que estos poemas son fruto de experiencias crueles y dolorosas vividas por Ungaretti durante la guerra y no de simples caprichos retóricos, tal como él lo expresó en una carta a uno de sus amigos: “Mi poesía ha nacido en realidad en la trinchera [...] imprevisiblemente la guerra me revela el lenguaje. Yo debía decir rápidamente porque el tiempo podía faltar y en el modo más trágico [...] lo que sentía y por lo tanto lo debía decir con pocas palabras, lo debía decir con palabras que tuvieran una extraordinaria intensidad de significado” (Alonso 2021, párr. 6).

Esta “intensidad de significado” a la que se refiere es precisamente la que me impacta de estas composiciones puesto que en ellos percibo que, hasta las palabras más simples y comunes adquieren magia y vigor como si el objetivo del autor hubiera sido devolverles su significado original.

En mi opinión, este logro de la poesía de Ungaretti resalta con mayor profundidad uno de los fenómenos más inquietantes de nuestra época como lo es la voracidad por lo explícito y literal. Se celebra aquello que resulta “evidente” o “comprensible” y se tiende a menospreciar lo ambiguo y complejo. En el caso del poeta que expresa su visión del mundo por medio de metáforas o símbolos se le pide ser claro y directo. El propio Ungaretti fue calificado de oscuro y hermético por algunos críticos de su tiempo como Francisco Flora (Alonso 2021), pero a mi juicio si algo distingue a su poesía, especialmente a la de su libro *La alegría*, es su contención, su limpidez expresiva. Le bastan unas cuantas palabras para crear una imagen potente y evocadora como se aprecia en el siguiente poema (Ungaretti 2013, 14):

Soldati

(Bosco di Courton, luglio 1918)

Si sta come
d' autunno
sugli alberi
le foglie.

Pero esto no significa que su único propósito haya sido escribir poemas breves, sino que esta manera de escribir es el resultado de una búsqueda de lo esencial, eso que él afirmó haber encontrado en la poesía clásica japonesa con la cual dialogan estos

poemas que se distinguen particularmente porque en ellos casi no hay metáforas y este es uno de sus rasgos estilísticos que a mi juicio los emparenta con esta tradición poética.

Según Aristóteles (1974), la metáfora consiste en ponerle a una cosa el nombre de otra. Borges (Quimera 2017), por su parte, afirma que la metáfora es una pequeña operación mágica, ya que si hablamos del tiempo lo comparamos con el río, si hablamos de las estrellas las comparamos con ojos, a la muerte con el sueño. No obstante, considera que en la poesía japonesa no se compara una cosa con otra, y en su opinión “es como si los japoneses sintieran que cada cosa es única” (39) y que por esta razón optan por el contraste como se evidencia en el siguiente haiku citado por él mismo: “sobre la gran campana de bronce se ha posado una mariposa” (39).

Este poema prescinde del recurso de la comparación como ya lo ha señalado Borges, y, a mi modo de entender, desafía al lector a detenerse en la singularidad de cada una de sus imágenes. De igual manera, lo impulsa a profundizar en sus percepciones y a desplegar, por lo tanto, su capacidad de invención.

¿Por qué no pensar, por ejemplo, que una mariposa podría durar más que un hombre y que su fragilidad representa una expresión de lo eterno? Tal como lo sugiere el poeta colombiano William Ospina en el siguiente poema (Ospina y Ruiz 2018, 66):

En el fondo del sueño le señalé al poeta la mariposa
posada así, sin peso, sobre la piedra del templo.
Mira cómo están juntos lo fugaz y lo eterno.
Sí, me dijo el poeta, lo fugaz que es la piedra.
Y eso que arroja sombra con sus alas, lo eterno.

En este caso, la oposición entre lo fugaz y lo eterno es presentada a través de una perspectiva que pone en jaque algo que podríamos llamar una visión convencional de la realidad, en el sentido de que ofrece una lectura inédita sobre lo que tradicionalmente es concebido como fugaz y eterno.

Pero, además, existe una tensión entre el decir y el ver, ya que la experiencia de lo eterno podría estar vinculada a un estado de ánimo o a una sensación más que a un acontecimiento estrictamente visual.

Por otro lado, cabe señalar que existe una diferencia radical entre el decir y el ver, debido a que se trata de órdenes totalmente distintos. En opinión de Susan Sontag (2022, 158), el oído es el sentido atento, más humilde, más pasivo, más inmediato, menos discriminador que el ojo. Por este motivo, considera que otorgar la soberanía a lo meramente visual, es decir, a la superficie, reafirma la brecha arcaica entre la cultura

hebrea y la griega, entre la cultura del oído y la cultura del ojo y lo moral versus lo estético.

En cuanto al poema de Ungaretti no hay una distinción explícita entre lo efímero y lo perdurable en vista de que se alude tanto a la fragilidad de la vida como a la de las hojas en otoño. Sin embargo, el poeta cuestiona estas nociones de temporalidad al sugerir que él y los demás soldados podrían perecer antes de que las hojas caigan, y es esta incertidumbre frente al futuro la que el poema transmite.

Por lo tanto, no es casual que Ungaretti se refiera a las hojas, no como si él las hubiera creado y supiera todo sobre estas, sino como quien las encuentra insólitas, indóciles y se siente interpelado por ellas.

¿Un poeta en plena guerra hablando de las hojas y del otoño? Es lo que cabe preguntarse.

Pero esto que a simple vista constituye una evasión por parte de Ungaretti, en realidad, corresponde a la actitud de un poeta que prefiere buscar otros sentidos o formular nuevas preguntas a regodearse en la obviedad de lo macabro.

Mueve al poeta un anhelo insaciable por lo genuino y a veces encuentra sentido o belleza en aquello que los demás rechazan o desechan; he aquí la razón por la cual un árbol o la caída de una hoja le resulten tan importantes como el cadáver de un soldado atravesado por las balas durante la guerra puesto que, cada experiencia, por más sublime o brutal que parezca, representa una posibilidad para alentar la duda y las preguntas, la imaginación y el deseo en un mundo pletórico de dogmas y certezas.

Entre los muchos estereotipos que existen sobre la poesía, tal vez uno de los más difundidos es la creencia de que esta es solo un conjunto de imágenes bellas y que, por consiguiente, la misión del poeta es escribir versos “elegantes” o “bonitos”. Esto a mi juicio contradice la naturaleza subversiva de toda escritura auténtica, y en particular de la poesía, ya que una de las virtudes de su lenguaje es justamente la de cuestionarse a sí mismo como si fuera también una convención y, a la par, una trampa. Por esta razón, la poesía insiste en luchar contra las palabras, en desafiarlas, en desarmarlas hasta poner en evidencia su potencia y sus límites.

En este sentido, podemos agregar que la poesía no representa un mero decorado o un inventario de artificios verbales y retóricos, sino una forma de pensar y entender el mundo, así como de expresarlo, lo que implica el surgimiento de nuevas preguntas sobre lo que se considera evidente o se da por comprendido. En palabras de Martin Heidegger (1987, 213):

Lo que a primera vista parece un título para un tema –poesía y pensamiento– se revela como la inscripción inmemorial del destino humano. La inscripción señala que poesía y pensamiento se pertenecen mutuamente. Su encuentro es de procedencia lejana. Si regresamos a ella pensativamente, llegamos frente a lo que es digno de pensar desde tiempo inmemorial y acerca de lo cual nunca se cansará uno de pensar. Es la misma cuestión digna de pensar que fulminó súbitamente al poeta y a la cual él no se negó diciendo: Ninguna cosa sea ahí donde falte la palabra.

Para Heidegger, la proximidad entre pensar y poetizar funda la relación del hombre consigo mismo y con el mundo, y que esté sobre la tierra en un estado de alerta ante el dogma y el sinsentido. De este modo, pensar consiste en la capacidad de escuchar el lenguaje en su gestación poética, y se redefine como algo que carece de valor si no constituye un acto extremo, un riesgo (155).

Aun así, seguimos creyendo que entre el pensar y el poetizar existe una oposición radical, y en decir de Heidegger esto se debe a que “estamos atrapados por un prejuicio secular donde el pensamiento es una cuestión de raciocinio, o sea, de cálculo en el sentido más amplio, se desconfía, ya de entrada, al hablar de una vecindad del pensamiento con la poesía” (155).

No en vano se considera que el pensar es una labor exclusiva del filósofo o del científico, mas no del poeta, a quien, desde el tiempo de Platón se lo considera como un poseo que pasa las horas conversando con las Musas y que vive, por tanto, desconectado de la realidad, pero aun suponiendo que el poeta no piensa, la poesía piensa siempre por él. Con esto quiero decir que termina rebelándose contra toda convención o prejuicio en busca de otras formas de interpelar al mundo y al propio poeta y otras formas de imaginar y nombrar la realidad.

Razón por la cual, un poema como el de Ungaretti, más allá de su rigor estético, es también una manera de complejizar la realidad, esto es, de no tomarla tal y como se ofrece o se cree que se origina, sino de cuestionarla, ponerla en entredicho, pero no con el fin de definirla sino más bien de ampliar o expandir la mirada sobre esta. Por eso el poeta no se conforma con la mera descripción de objetos y situaciones, una tarea más bien fácil y previsible, sino que apunta a generar nuevas relaciones entre el hombre y el mundo con el propósito de agudizar la percepción sobre estos y abrir el sentido a lo impredecible e insospechado.

Es así como un poema sobre las hojas y el otoño termina interpelando al lector sobre su condición humana y lo pone en diálogo con un poeta en plena trinchera que teme perder la vida mucho antes de que las hojas caigan. Se trata de la angustia de un hombre

arrojado a la muerte, que, en el decir de Andrés Sánchez Robayna (2013, 6), concebía la idea de la alegría como la permanencia de la vida más allá de todo dolor y de todo naufragio.

2. La voz de un niño

Mi abuela fue la persona que, sin proponérselo, me dio lo que, a mi modo de ver, representa la primera y quizás más importante lección de poesía que recibí en la vida. Ocurrió durante mi infancia; tendría yo unos ocho o nueve años y era un niño experto en llevarle la contraria a todo el mundo, empezando por mi abuela.

Una mañana mientras ella barría con una escoba de paja el patio de tierra de nuestra casa que daba a la carretera del pueblo donde vivíamos, yo estaba de cuchillas haciendo dibujos con un palito de bombón sobre la tierra, cuando, de repente, se me acercó y me ofreció la escoba diciéndome:

—Niño, le presto este caballito para que se vaya a recorrer el mundo.

—Ese no es un caballito —le respondí de forma tajante. Es una escoba.

—Me miró un instante, atónita y fascinada, y luego me contestó en un tono profundamente irónico: —Bueno, pues entonces, ponte a barrer.

Recuerdo que, en esos años, mi profesor de castellano, un hombre que se jactaba de haber leído muchos libros y se consideraba una autoridad en materia literaria, cada vez que hacía referencia a un poema o a un autor que no eran de su agrado, solía decir: “es demasiado romántico” o “es demasiado idealista” como si esto constituyera un defecto o un error. Así que me serví de estos calificativos para contrarrestar el efecto de la respuesta mordaz de mi abuela.

—Es demasiado romántico. Es demasiado idealista —le espeté.

—Ah, sí —dijo ella—. ¿Y qué es el Romanticismo? ¿Qué es el Idealismo?

—A ver, dímelo, tú que todo lo sabes.

Por supuesto, que no lo sabía. Como la mayoría de mis compañeros de clase no tenía sino ideas vagas sobre estos dos movimientos, pero, en todo caso, creo que mi respuesta surtió efecto en el ánimo de mi abuela, porque justo en ese momento me miró a los ojos y dijo: —Nunca hubiera imaginado que llegarías a ser tan cruel.

Desde entonces, esta breve conversación entre mi abuela y yo se instaló en mi memoria como un arroyo en el desierto al que necesito volver una y otra vez para renovar la sed y el asombro. No en vano creo que en realidad se trataba de una lección de poesía, ya que me permitió reconocer con mayor intensidad dos formas distintas de pensar y de estar en la tierra: la del niño y la del hombre adulto. En el caso del primero, considero que es la imaginación la que ejerce un rol crucial en su manera de relacionarse con el mundo y con todo lo que este alberga, y, en cuanto al segundo, pienso que el adulto se guía estrictamente por la razón. He aquí el motivo por el cual mi abuela se sorprendió de que fuera precisamente un niño el que afirmara que una escoba no era un caballito sino una escoba. Pero en mi caso, reconozco que lo hice exclusivamente por llevarle la contraria a ella, mas no porque esa era mi forma de pensar, puesto que, en ese entonces, para mí una escoba no solo representaba un caballito sino también la espada de un rey poderoso, o una varita mágica con la cual podía convertir el excremento de los conejos o de los cuyes en dinosaurios y en piedras preciosas.

Esto permite constatar que existe una estrecha relación entre la visión del niño y la del poeta, puesto que ambos persiguen un sentido más allá de lo aparente y de lo que suele tomarse como pueril o insignificante. Así es como el misterio del mundo vuelve a estar presente en la vida del hombre y le permite reconocer la medida de su ignorancia, ya que, si bien la mayoría de las cosas son incomprensibles, existe la idea de que todo tiene una explicación. La ciencia, por ejemplo, pareciera querer explicarlo y abarcarlo todo, mientras que la poesía insiste en hacer preguntas y no con el ánimo de confirmar certezas o verdades, sino más bien con la intención de provocar nuevas dudas. Por esta razón, la poesía a diferencia de la ciencia que aspira a comprobar hipótesis por medio de la experimentación y la observación rigurosa, se propone explorar la subjetividad, a través de la imaginación y el lenguaje, dejando siempre el camino abierto a formas nuevas de asimilar o de cuestionar la realidad. En el caso de la ciencia la comprobación de una hipótesis puede llevar décadas y el hecho de no hallar respuestas suele considerarse un fracaso, pero con respecto a la poesía, es precisamente el no saber, el que la pone en movimiento y el que la engendra, como si en el fondo, la poesía celebrara el hecho de que nunca vayamos a saberlo todo.

En opinión del poeta francés Philippe Jaccottet: “La ciencia podrá multiplicar sus esfuerzos, perfeccionar hasta el infinito sus dispositivos, pero hay un orden de experiencias que siempre escapará a las medidas de que dispone. Es a este orden de

experiencias al que se refiere el poema” (Yglesias y Tabío 2021, párr. 7; a partir de “En el origen...”).

Por tanto, no es casual que la poesía otorgue mayor importancia a ese tipo de experiencias que suelen considerarse irrelevantes o pueriles como el viaje por el mundo en un caballito de madera o la caída de una hoja, pero en las que a menudo es donde reside buena parte del significado oculto de las cosas. Recuerdo, por ejemplo, que de niño nunca solía caminar en línea recta y que, en mis constantes desvíos y demoras terminaba haciendo algún descubrimiento que, por pequeño o grande que fuera, le confería un sentido inaudito a mi existencia. Es por esta razón que creo que la poesía es ante todo una forma de encarnar el embrujo y el misterio de la creación. Para mí ser poeta no constituye una meta o una profesión, sino la forma más intensa de fijarme en la vida. Motivo por el cual nunca sentí la necesidad de formarme como lo que podría considerarse un escritor profesional, es decir, alguien que conoce los recursos y técnicas propios del oficio, ya que para mí lo esencial es vivir la poesía, encarnar su potencia, “hacer el cuerpo del poema con mi cuerpo”, como diría Alejandra Pizarnik (2016, 269).

De este modo, considero que la experiencia poética es común a todo ser humano y aunque no siempre logra traducirse en un poema escrito, provoca en quien la vive o experimenta fuertes emociones. Pero, además, creo que nadie tiene la obligación de ser un buen o un gran poeta, y no serlo es solo una desdicha, porque si escribir grandes obras o poemas espléndidos dependiera exclusivamente de la voluntad humana, entonces ¿quién no lo haría?

Lo interesante es que la poesía es una experiencia propia del género humano y no de unos cuantos eruditos o iluminados como suele creerse; en consecuencia, todas las personas, más allá de su origen étnico, de su condición social o de su credo, podrían experimentar en algún momento de su vida la fuerza de su hechizo y de su enigma, y ofrecer por medio de esta una visión del mundo. De igual manera, creo que la poesía, como la belleza, suelen hallarse allí donde los eruditos y los propios poetas consideran que no están, y así es como ambas terminan revelándose en las experiencias o en las cosas más elementales y cotidianas como, por ejemplo, leyendo una novela, pelando una cebolla o restaurando una tubería. Posteriormente el poeta intenta asimilar u otorgarle mayor complejidad a dicha experiencia y es así como finalmente logra traducirla en un poema.

Esto pone de manifiesto que la poesía se subleva contra toda convención o prejuicio que intente encasillarla en un modelo o género específicos, y no en vano la suya es una búsqueda permanente de otras formas de imaginar y nombrar el mundo.

3. Otras voces

Mi relación con la poesía surgió desde un principio de manera autodidacta. Por consiguiente, los primeros poemas que logré escribir obedecieron más a mi intuición que a un estilo o a un procedimiento determinados. Posteriormente, el descubrimiento de la poesía de Giuseppe Ungaretti y la de Aurelio Arturo me impresionó de tal manera, que acabó alterando mi relación con la escritura. A partir de entonces comencé a preguntarme hasta por el origen etimológico de cada palabra que empleaba en mis poemas, y me sorprendió constatar que dos o más palabras juntas, rigurosamente seleccionadas, podían provocar en el lector fuertes emociones. En el caso de Aurelio Arturo (2018, 4) me deslumbraron especialmente unos versos que inician su único libro, *Morada al sur* y que cito a continuación:

En las noches mestizas que subían de la hierba,
 Jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
 Estremecían la tierra con su casco de bronce.
 Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Estaba yo tan acostumbrado a oír decir que la noche cae más no sube, que ya de entrada, este primer verso trastocó mi relación con el lenguaje y supuso para mí un gran desafío desentrañar alguno de sus sentidos. Asimismo, despertó mi interés la unión entre algunas palabras como: “noches mestizas” “jóvenes caballos” “negras estrellas” ya que me sugerían muchas cosas. Intuía, por ejemplo, que el poeta al hablar de “noches mestizas” se refería a una especie de mestizaje cósmico, como si la oscuridad y las estrellas se hubieran apareado, dando origen a seres o cosas nunca vistos, pero también imaginaba que podría tratarse de una gran batalla en la cual “jóvenes caballos” habían perdido la vida. En cuanto al último verso, me sorprendió en particular que el poeta hablara de “negras estrellas”, como si ese mestizaje mencionado en un principio ya se hubiera consumado en el origen del universo y que, por este motivo, “negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro”.

Otra razón por la cual la poesía de Aurelio Arturo me atrajo poderosamente se debió al hecho de que, al leerla, tuve la impresión de que se había escrito por sí sola, como si el poeta se hubiera propuesto hacerse a un lado y permitir que fueran las palabras las que hablaran. Sigo creyendo que se trata de una de las virtudes más notables de esta poesía, ya que, al leerla, me transmite una poderosa sensación de naturalidad, es decir, de

no impostura, cosa que no me suele ocurrir con la poesía de otros poetas como Leopoldo Lugones o Guillermo Valencia en la que, pese a encontrar versos o imágenes memorables, percibo de manera intensa la intervención del artífice.

Este rasgo de la poesía de Aurelio Arturo me cautivó a tal punto, que me propuse escribir un texto que intentara reflejar dicha cualidad por medio de alguna imagen o metáfora y, tras varios meses de gestación y reescritura, surgió el siguiente poema:

Un pájaro
se hizo invisible
entre las ramas
para que cante
el árbol

En un principio opté por reemplazar la palabra “pájaro” por la palabra “quinde” o “gorrión”, porque, a mi juicio, le otorgaba una dimensión más terrenal al poema; igualmente pensé que, al tratarse de dos pájaros tan pequeños, el hecho de que se hicieran invisibles cobraba mayor sentido. Sin embargo, me percaté de que, a pesar de haber vivido mi infancia en el campo en donde solía verlos de vez en cuando, mi conocimiento sobre estos pájaros era bastante rudimentario, casi nulo, así que me asaltaron muchas dudas y preguntas tales como: ¿los quindes cantan?, ¿cómo es su canto?, ¿qué tipo de órganos tienen los gorriones?, ¿a qué hora del día cantan?, ¿qué clase de enfermedades poseen?, ¿cuál es su promedio de vida?

Incluso había considerado la posibilidad de utilizar la palabra “ruiseñor”, pero en vista de que esta especie de pájaros no suele encontrarse en nuestro continente, salvo en los versos de algunos poetas de mi país como Guillermo Valencia o Eduardo Carranza, terminé por descartarla y mantuve la palabra que elegí desde un comienzo.

Años más tarde surgió la oportunidad de estudiar una maestría en Literatura Latinoamericana con mención en Escritura Creativa, y en una de las clases de Gina Saraceni descubrí el ensayo titulado *¿Qué es lo contemporáneo?*, del filósofo italiano Giorgio Agamben (2011). La lectura de este texto provocó que todas las dudas y preguntas surgidas durante la escritura de mis primeros poemas volvieran a cobrar fuerza. Por esta razón consideré pertinente retomar los poemas que había escrito hasta la fecha, con el ánimo de cuestionarlos, pero fueron ellos los que acabaron interpelándome: ¿Por qué nos escribiste así? Parecían preguntarme. ¿Por qué elegiste esta palabra y no otra?

Esto me permitió tener mayor conciencia de mi proceso creativo y adoptar una postura más crítica y metódica al momento de escribir.

Una de las ideas que más me impactaron del ensayo de Agamben hace alusión a la manera de relacionarnos con el presente. Según él:

El presente no es otra cosa que la parte de no-vivido en todo vivido y aquello que impide el acceso al presente es la masa de aquel en lo cual, por alguna razón, (su carácter traumático, su excesiva cercanía) no hemos logrado vivir. La atención a este no-vivido es la vida del contemporáneo. Y ser contemporáneo significa, en este sentido, volver a un presente en el cual nunca hemos estado. (2011, 27)

La idea de regresar a un presente en el cual nunca hemos estado posibilitó que terminara cuestionando tanto mi forma de escribir como de habitar la tierra, esto es, asumiendo mis dudas y mis límites como escritor, pero sobre todo como ser humano. A partir de ese momento surgió en mí un interés genuino por fundar una relación más auténtica y compleja con los seres u objetos que pueblan el mundo. Me sorprendió, por ejemplo, no haber sabido en ese momento si los quindes cantaban o si los gorriones padecían alguna enfermedad; algo que, a simple vista, podría juzgarse como un problema menor, pero que en el fondo pone de manifiesto nuestra manera de relacionarnos con los seres vivos, especialmente con los animales, a quienes desde una visión antropocéntrica solemos relegarlos al olvido o al mero recurso en beneficio humano.

En consecuencia, no es casual que Giorgio Agamben considere que la vía de acceso al presente tiene necesariamente la forma de una arqueología, ya que el propósito es seguir indagando sobre los seres y las cosas de las que se suele hablar mucho, pero de las que en realidad se sabe más bien poco o casi nada. De igual manera, esto demuestra que el objetivo fundamental de la poesía, más allá de juntar palabras o de crear imágenes bellas, es poner al hombre sobre la tierra y conectarlo con el mundo.

Tiempo después escribí un plan de tesis que, si bien reunía los requisitos para ser aprobado, me suscitaba algunas inquietudes. Afortunadamente, Gina Saraceni aceptó ser mi tutora y le presenté mis poemas. A decir verdad, se trataba de un conjunto de textos que escribí bajo la influencia de la poesía de Ungaretti y que abordaban algunos de los temas que me han obsesionado a lo largo de la vida, tales como el mar, los árboles, la memoria y el tiempo. Algunos de ellos superaban las diez líneas, pero en su mayoría eran textos relativamente cortos. Ella me hizo varias sugerencias y correcciones que dieron origen a un largo y fecundo trabajo de reescritura, que finalmente hizo posible la ejecución de este poemario.

Es pertinente señalar que, salvo algunas excepciones, como es el caso del poema dedicado a Aurelio Arturo, los textos se reescribieron en su totalidad. Por consiguiente, considero que este proceso de reescritura para mí fue una experiencia de gran aprendizaje, porque me permitió establecer una relación más intensa y compleja con el lenguaje, reconociendo sus límites y fortalezas al momento de ofrecer una visión de la realidad. En definitiva, fueron los propios textos los que me alentaron a explorar otros vocablos e imágenes que posibilitaran la creación de nuevos significados, matices y resonancias. En este sentido puedo afirmar que reescribir estos poemas no solo fue una aventura literaria, sino también humana, porque me desafió a indagar mi interioridad en busca de formas más auténticas y complejas de percibir el mundo.

Del mismo modo, comprendí que la poesía siempre persigue lo esencial y termina revelando lo superfluo y lo estrictamente decorativo. No en vano, durante la reescritura de estos poemas fue necesario descartar varias palabras e imágenes que en mi opinión resultaban altisonantes, preciosistas y que no poseían esa intensidad de significado de la que hablaba Ungaretti. Por este motivo, varios poemas de este libro se componen hasta de una sola línea, puesto que son el resultado de una labor intensa de relectura y corrección. Sin embargo, es oportuno mencionar que algunos de los poemas más breves se gestaron de forma tan lenta e intermitente, que fue necesario convivir con ellos durante varios meses antes de escribirlos; este fue el caso del poema que escribí en homenaje a Aurelio Arturo. Dicha situación me permitió comprender que la escritura de poesía como la asimilación de la misma requieren tiempo y paciencia.

Por ejemplo, algunos poemas de Ungaretti pueden leerse de un tirón; no obstante, su intensidad es tal que una sola lectura no basta para asimilarlos. Este hecho supone un desafío para una época como la nuestra, empecinada en comprenderlo todo a un ritmo vertiginoso porque si en algo insiste la poesía es en reafirmar el misterio de lo existente, es decir, en poner de manifiesto que aun los seres y las cosas que resultan más cercanos y conocidos permanecen rodeados de un misterio.

Es a partir de esta ignorancia primitiva que la poesía instaaura la relación del hombre consigo mismo y con el mundo, otorgándole la posibilidad de reinventar aquello que no entiende. Desde ese punto de vista, el no entender es más fecundo que el entender porque al no darse la apertura del sentido, posibilita encontrar nuevos obstáculos que expanden la dimensión del significado y del conocimiento del mismo.

Por ende, el objetivo de la poesía no consiste en ratificar verdades o certezas, sino en nutrir la duda y la incertidumbre, pero no con la intención de enturbiar las aguas para

que parezcan más profundas, como diría un personaje de Friedrich Nietzsche, sino con el ánimo de constatar que aun las cosas más humildes y elementales contienen un misterio que las vuelve únicas.

En definitiva, lo que realmente se propone la poesía es un viaje de regreso a ese mundo insólito y fascinante que heredamos los hombres, en el que cada elemento, desde el más minúsculo hasta el más grande, tiene el poder de conmovernos e interpelarnos.

La voz de las raíces

Aguacate

Un sendero conduce hacia la infancia.
(Saraceni)

Un árbol que vieron crecer
mis muertos más amados
me habla de mi infancia.
Lo vieron alto de cielo y soñaron sus raíces
persiguiendo una estrella de fuego y agua.
En este instante uno de sus frutos es la luna.
Desde hace siglos arden sus hojas más altas
que ningún dios verá caer.
¿qué hace un árbol en pleno universo a esta hora?
¿por qué no se rinde a la noche
que desde sus raíces asciende?
Amanece más joven que el alba
y sin dioses ni plegarias
Nunca teme ser él mismo:
ya es un árbol
y da sombra.

Mientras cae una hoja

Los anillos de Saturno están girando
mientras cae una hoja.
Mientras llora un anciano,
nace un imperio
y apenas tienes tiempo
de comerte una manzana
y anudarte la corbata.
La inmensidad despierta sedienta
y la hierba se burla de la eternidad.

Estos muertos son tuyos

Hay sueños que se pudren
antes de que el sol los alumbre
pero el mar despierta más inmenso
y ríe al pie de montañas y rascacielos;
hace bailar sus torres de espuma y fuego
y llega hasta mi puerta
y me arroja un puñado de perlas y cadáveres.
Estos muertos son tuyos –dice
y se retira cantando como un guerrero dichoso.

Para que cante la niebla

Ha domado su oficio hasta hacerse invisible.
Los sabios se extravían en sus cielos delirantes
en busca de estrellas inauditas.
Sus girasoles están más vivos que los hombres
y el tiempo codicia su gracia felina.
Negro es el oriente de los murciélagos
y en silencio maduran los frutos subterráneos.
Mariposas de tinta huyen de la página
en busca del estiércol o de las coles,
las piedras y las flores se disputan
el roce de sus alas
y aterrizan sobre la hoja de los plátanos.
El sol calcina la hierba de las tumbas
y los pájaros se ocultan para que cante la niebla.
El blanco de la tela es ahora su rostro.

Garras de sal

El mar acecha desde
el fondo de un espejo
nutre su fuego y su cólera
e irrumpe en la ciudad
coronando los rascacielos
de pulpos y caracoles
y baila, desnudo
en el interior de los templos
y acaricia las estatuas
con sus garras de sal
y rasga las túnicas
en busca de algún cuerpo.

La caída de una hoja se paga con la vida

Árboles de la noche

A Marguerite Yourcenar

Eso que generalmente se llama bello
 no es más que una sublimación
 de las realidades de la vida,
 y así fue como nuestros antepasados,
 obligados a residir, lo quisieran o no,
 en viviendas oscuras,
 descubrieron un día lo bello
 en el seno de la sombra
 y no tardaron en utilizar la sombra
 para obtener efectos estéticos.
 (Tanizaki)

Invictos emergen los árboles de la noche
 y un hálito insomne esculpe sus follajes siderales.
 Nacieron persiguiendo galaxias subterráneas
 y tardan siglos en alumbrar sus ramas.
 Árboles ya son.
 En este instante arden sus frutos
 en los que está cautivo un monstruo
 que a sí mismo se devora
 y en un parpadeo redime el sueño de un dios
 borrando mundos y reinos.
 Alguien se acuerda del color
 de una pena milenaria
 y libera la noche de las entrañas del pulpo
 Pero los árboles se abren a la amplitud del cielo
 y extraen su vigor del fondo de la tierra.

Corazón insomne

Este es el mar que vino desde Troya
y puso a bailar naves y guerreros
y devoró espadas y yelmos
y desnudo derrotó a los persas.
Este es el mar por quien Homero
renunció a la luz
con tal de verlo para siempre
y oír el burbujeo de su júbilo añejo.
En estas páginas de sal y de espuma
que los siglos no borran
Ulises continúa desafiando a la tormenta
en busca de su Ítaca remota
pero el mar insiste en retardar el regreso
y lo arroja a nuevas aventuras
¿Quién se atreve a ser inmenso?
¿Quién se atreve a estar tan vivo?
El mar no termina de parirse a sí mismo.
Sus tinieblas salobres
agitan mi corazón insomne.

Allegria

Sólo el otoño logra revelarme
que los árboles existen
y mientras caen las hojas
brota del corazón una alegría definitiva
El árbol está cargado de estrellas
mientras las hojas recuerdan el color de una música.

Carne fresca

Busco al profeta Jonás
en el vientre de una ballena
pero solo encuentro
pañales y botellas
kilos de plástico y latas de cerveza
¿Dónde estás Jonás?
¿Acaso te mudaste de casa
y ahora haces la siesta
o rezas el padrenuestro
en la panza de algún tiburón?
Quizá ya te pescaron
y adobaron tu corazón con sal y pimienta,
y solo quedan migajas de cielo en el plato
¡Ay que sabroso bocado!
O a lo mejor, te cortaron en trocitos
para venderte en el supermercado
o tal vez, te devoraron los tiburones
que nunca van a misa o dan sermones
pero son devotos de la carne fresca
y se comen al santo, pero también al pecador.
Bienaventurados sean.

Para qué la eternidad

Sé muy poco de las rosas
pero ellas lo saben todo
y, sin embargo, están calladas.
Ni siquiera la noche logra ocultarlas;
su perfume atraviesa las horas y los días.
A la orilla del río amanecen desnudas.
Puntuales en los cementerios
más diáfanas que el jaspe
y la hierba de las tumbas
parecen sonreír junto a los muertos.
Plenas de sí mismas
nada piden al cielo
que fluye en sus arterias
¿para qué la eternidad
si ya son rosas ahora?
Pese a la ceguera de los hombres
ya duran en su belleza oculta.

Un pájaro se hizo invisible
entre las ramas
para que cante el árbol.

Fieras de leche

Del corazón está brotando
una alegría en llamas
mientras arden las heridas
que redimen nuestro paso por la tierra
hasta que vuelvan las hojas
a las ramas más altas
y los pájaros recuerden una música suprema.
El otoño está cargado de enigmas
y el mar arroja sus fieras de leche
contra la noche de piedra.

Los árboles tejen alianzas
con los astros subterráneos
para custodiar el silencio del agua.

Me invade una alegría más antigua que la luz y el vino
cada vez que el mar irrumpe en mis sueños.

La mejor cosecha

Una mujer que vino de la noche
me ofrece una cesta de murciélagos.
-Te ofrezco mi mejor cosecha –dice
y los murciélagos comienzan a interrogarme:
“esta noche seremos devorados por las estrellas” dicen.
Los árboles están más callados que de costumbre
y una lluvia de oro cae sobre la tierra.
El viento sacude las hojas muertas
y el efluvio del naranjo
se levanta como una plegaria.

Los pájaros bajan del cielo
a picotear las manzanas
de Paul Cézanne.

Los árboles indagan en el vientre de la noche
una música anterior a nuestra sangre.

La alegría de algún dios es el color de la hoja muerta.

Las flores que aprendieron a volar
regresaron al jardín.

Una estrella terrible

Por la gracia de los robles
continúa el cielo allá arriba.
En pleno anochecer
sus raíces persiguen las tinieblas
y elevan sus follajes hasta perderse en la luz.
Ya los tigres incendiaron nuestra pena
y el júbilo de algún dios oscurece los valles.
Los amantes avivan las heridas
y sus venas son serpientes
que cruzan la noche.
El dolor los fecunda
como al roble el cielo que se pudre
y una estrella terrible ilumina
los abismos que soñaron para amarse.

La muerte devora lo que nos mata.

Una luz remota hechiza
los manantiales y lame las pupilas de las fieras.
Ilumina lo que aún no tiene nombre.

Aullido

A la memoria de Alan Kurdi

El mar arrojó al mundo un niño muerto
que nos recuerda que la guerra existe
las bombas y las balas existen
los naufragos existen
las viudas y los huérfanos existen
los mutilados existen
Pero también el dolor existe
y nos aúlla como un perro huérfano.

Un silencio impetuosamente azul
atraviesa los océanos de mi memoria
hasta invadirme una alegría indómita.

Nacimos olvidando una música
más antigua que el universo
Un pájaro se pregunta
si alguien la recuerda.
Mientras la voz del agua
agita su sangre,
algo hermoso se oculta.

También los robles mueren por la gracia del cielo
que les devora las entrañas.

El mar entra cantando en la noche
y las olas acunan mi corazón insomne.

De niño fui un ladrón de manzanas
que ardían en las ramas más altas
y alimentaban mi deseo de alcanzar el cielo.

¿Qué combates silenciosos
libraron los dioses
para que yo pudiera merecer mis espinas?
¿Qué ángeles recónditos
me dieron su belleza
con tal de hacerse invisibles
y hacer de la dicha una lengua?
pregunta la rosa mientras dura.

Los árboles combaten con la tormenta
y persiguen sin descanso
la leche del paraíso.

Desde antes de que tú nacieras
un aliento poderoso sacude las galaxias
y desordena el cielo con rigor absoluto.
Lo que fue ruina en el mundo
ya es júbilo de tu sangre
y lo que el mundo desecha
aviva el sueño de un ángel.

Las rosas son adictas al estiércol
que las hace arder y arder
hasta el fin de la noche.

Del fondo de su vientre
el mar trajo a la playa
un castillo en granitos.

Urcunina

Un hombre está cantando al pie de un volcán.
El rugido de la tierra brota de su cuerpo
como un parto de júbilo y fuego
que contagia la sangre de un pueblo.
Niños y ancianos se congregan en una danza de abrazos.
Negros y blancos redimen sus heridas cantando
porque la música ha roto sus cadenas
porque hay carnaval en sus vidas
porque Urcunina ha desatado su alma y su lengua.

Aguas contrarias

El mundo está enojado
con mis almas
que combaten
como aguas contrarias
de un solo océano.

El árbol eleva sus hojas que se vuelven estrellas.

El mar baila entre los muertos
mientras el otoño hace cantar a los árboles.

Nariño

Un pueblo canta
ríe y llora
a los pies de un volcán.

Herencia

I

El mar huye de la luz del mundo
persigue la noche que engendra estrellas
agita el corazón de las fieras
que se aman en sus abismos
entre cráneos y huesos
y bailan sobre las ruinas de algún imperio.
¿Cómo podría mi alma quedarse quieta
frente a este criadero de espíritu?
Desde el fondo de su vientre
hice un largo viaje
hasta llegar al mundo
y traje un silencio marino
tatuado en mi piel y en mi sangre.

II

Ven a nacer conmigo –me dice el mar–
cada vez que lo miro engendrar
sus monstruos cuyo hálito salvaje
asciende a las estrellas.

III

La voz de mi padre
despierta una música
que vive en mí desde hace siglos.
Es más inmensa que el océano
la voz de este anciano
que ha visto caer tantos mundos
tantos dioses y reinos
y todavía sigue cantando
entre ruinas y muertos
y en pleno anochecer
se levanta contra el cielo.
Con voz nueva
me habla de mundos
más veloces que el agua
más frágiles que la espuma.
Yo estaba naciendo
mientras Troya ardía – dice
y los guerreros salvaron la noche
a filo de espada.
Me acuerdo de un marinero
al que oí llorar un día
cuyo único deseo
era volver a casa
Pero no quise complacerlo
y lo extravié en el océano
como a un tiburón ciego
pero sus ganas de vivir
eran tercas como las olas
que luchan ciegas contra el infinito.
Sus sueños intactos
emergieron del abismo.
La tormenta lo arrojó al Paraíso
donde una mujer le ofreció

su amor y su reino
pero ni el oro ni sus caricias
lograron borrar sus heridas.
El mar rodea su memoria.

Bajo el poema
estoy a salvo
de volverme ciego.

Lista de referencias

- Agamben, Giorgio. 2011. *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora S.A.
- Alonso, Rodolfo. 2021. “Ungaretti, ¿hoy?”. *Página 12*. 11 de enero. <https://www.pagina12.com.ar/316489-ungaretti-hoy>.
- Aristóteles. 1974. *Poética*. Trad. V. García Yebra. Madrid: Gredos.
- Arturo, Aurelio. 2018. *Morada al Sur y otros poemas*. Madrid: Visor.
- Borges, Jorge Luis. 2017. “Vasos comunicantes: Diálogo entre Susan Sontag y Jorge Luis Borges”. *Quimera: Revista de Literatura* 400: 39-40.
- Fernández, Tomás, y Elena Tamaro. 2004. “Biografía de Giuseppe Ungaretti”. *Biografías y Vidas*. <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/u/ungaretti.htm>.
- Heidegger, Martin. 1987. *De camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal-Guitard.
- Janés, Clara. 1999. “Del goce, la claridad y la palabra”. *Revista de Libros*. 1 de noviembre. <https://www.revistadelibros.com/la-poesia-de-giuseppe-ungaretti/>.
- Ospina, William, y Pedro Ruíz. 2018. *Más allá de la aurora y del Ganges*. Madrid: Artes Gráficas Palermo.
- Pizarnik, Alejandra. 2016. *El deseo de la palabra*. Editado por Ana Becciu. Bogotá: Penguin Random House.
- Poniatowska, Elena. 2008. “Wisława Szymborska”. En *Wisława Szymborska, Poesía no completa*, editado y traducido por Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia 2.ª ed., 9-19. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Proust, Marcel. 2002. *A la sombra de las muchachas en flor*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sánchez Robayna, Andrés. 2013. “Prólogo”. En Ungaretti, *La alegría*, 1-9. Tarragona: Igitur.
- Saraceni, Gina. 2022. *Adriático*. Miami: Alliteration Publishing.
- Sontag, Susan. 2022. “La mente como pasión”. En *Obra imprescindible*, editado por David Rieff. Barcelona: Penguin Random House.
- Tanizaki, Junichiro. 2021. *El elogio de la sombra*. Madrid: Siruela.
- Ungaretti, Guiseppe. 2013. *La alegría*. Tarragona: Igitur.
- Yglesias, Jorge, y Juan Manuel Tabío. 2021. “Poesía y poética de Phillippe Jaccottet”. *Rialta Magazine*. 16 de marzo. <https://rialta.org/poesia-y-poetica-de-phillippe-jaccottet/>.